

La Revolución rusa:
diez mitos que conmovieron al mundo

FELICIANO PÁEZ-CAMINO ARIAS

Madrid, 2018

La Revolución rusa: diez mitos que conmovieron al mundo

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD DE
MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 26 DE OCTUBRE DE 2017)

El título de esta presentación de los acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia hace cien años evoca, como seguramente habrán advertido, el de aquel célebre reportaje algo novelado que el joven periodista estadounidense John Reed escribió en 1918 y que, en sus traducciones españolas, se titula *Diez días que estremecieron* (o que *conmovieron*, o que *sacudieron*) *al mundo*¹. Se trata de un relato que encomia la acción de los bolcheviques hasta el punto de que su lectura fue vivamente recomendada, en un breve prefacio, por el propio Lenin (eso sí, más tarde Stalin, que -a diferencia de varios de sus futuros rivales y víctimas- apenas aparece mencionado en el texto, prohibió su divulgación). En todo caso, el libro de Reed contiene vivaces observaciones que pueden fundamentar una visión menos ortodoxa que la que él mismo dice profesar.

La trascendencia política de la Revolución rusa dio, desde el origen, un cariz polémico a su interpretación histórica. En este último cuarto de siglo, a partir de 1991, con la apertura de archivos exsoviéticos y el final de la Guerra Fría, ha

¹ Versiones españolas del título en inglés *Ten days that shook the world*. Al calor del centenario de los hechos narrados, se han publicado diversas nuevas ediciones. Las citas aquí empleadas proceden de la ya antigua de Akal (Madrid, 1974).

ido tomando cuerpo la revisión de ciertas explicaciones anteriores, paralela a una lógica disminución de la presión ideológica sobre el tema. Por otra parte, ha salido a la luz la diversidad de movimientos sociales que anidaron en la Revolución y que fueron integrados o laminados por quienes accedieron al poder.

Entendiendo el “mito” como un relato que desfigura la realidad aunque pueda contener trazas de verdad, me dispongo a esbozar en diez secuencias un comentario crítico de la versión *canónica* de aquella Revolución. Una versión lastrada por el simplismo y la épica, que debe mucho al régimen que de ella surgió, pero que fue suscrita a menudo en ámbitos ajenos a él, y a cuya elaboración contribuyeron, en aparente paradoja, algunos fervientes partidarios del antiguo régimen. Al realizar un recorrido temático amplio en poco tiempo, asumo que las consideraciones aquí expuestas corren el riesgo de tener, también ellas, un carácter esquemático.

El mito de la Rusia atrasada y la guerra perdida

Cuando se abordan los antecedentes de la Revolución, es común presentar el cuadro de una Rusia extremadamente atrasada, bastante ajena a los progresos occidentales del siglo XIX, y cuyo pueblo fue llevado a rastras, en 1914, a una guerra desastrosa que colmó su paciencia. Sin ser del todo falsa, esa presentación requiere algunas matizaciones.

En primer lugar, habrá que convenir en la existencia de algo así como una *excepción* cultural. Por mucho que se limitara a las elites, la cultura rusa del siglo anterior a la Revolución alcanzó expresiones muy notables, en particular en la literatura y en la música (con cimas como Tolstói o Chaicovski), pero también en las artes plásticas y en las ciencias sociales. Esa cultura de proyección universal tuvo, en las dos últimas décadas del siglo XIX y las dos primeras del XX, un brío renovador que los estudiosos suelen denominar “modernismo” o “edad de plata”², del que forman parte, entre otros posibles ejemplos, el teatro y la narrativa de Antón Chéjov y Maxim Gorki (cuya novela *La madre* fue publicada en 1906), las composiciones de Serguéi Prokófiev e Ígor Stravinski, el ballet de Serguéi Diáguilev, o las innovaciones pictóricas de Kazímir Malévich y Vasili Kandinski.

² Estas etiquetas aparecen desarrolladas, respectivamente en Mira Milosevich: *Breve historia de la Revolución rusa*. Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017; y Damián Pretel: *La civilización de los pasos perdidos. Apuntes para una historia de la civilización rusa*. Madrid, ediciones de la Torre, 2005.

Apartada del poder político y no tan próxima al pueblo como con frecuencia deseaba, había en la Rusia prerrevolucionaria, y a veces en el exilio, una activa *intelligentsia*, varios de cuyos miembros experimentaron luego por la Revolución una atracción que a menudo resultó efímera.

También cabe consignar la existencia en Rusia de un tardío pero intenso crecimiento económico que arrancó en torno a 1885 y mejoró algo las condiciones de vida de la población, aunque no evitó episodios como la hambruna campesina de 1891-92. Su base fue una industrialización caracterizada por las fuertes inversiones extranjeras y la participación del Estado, que quedó localizada en algunas zonas urbanas y mineras, y que fue espoleada, ya en el siglo XX, por la acción de políticos autoritarios pero reformistas como Serguéi Witte y Piort Stolypin. Aunque los datos no son muy precisos ni fiables, se ha calculado que aquel gigantesco Imperio de casi diez millones de kilómetros cuadrados (en el que menos de la mitad de la población era propiamente rusa) pasó, entre 1880 y 1917, de unos 100 a unos 175 millones de habitantes. Efecto de la industrialización fue el aumento del número de obreros, que, en 1914, eran unos tres millones en todo el país (menos del dos por ciento de la población), y que, concentrados en Moscú y en la recientemente proletarizada San Petersburgo, adquirieron una influencia política muy superior a su significación numérica.

La mayor anomalía histórica o la más evidente manifestación de atraso de Rusia era la permanencia de la autocracia política, si bien algo matizada desde la revolución de 1905. Nicolás II Románov, zar desde 1894, estaba imbuido del origen divino y el carácter absoluto de su poder y se resistía a cualquier evolución sólida hacia la monarquía parlamentaria. Más modernidad presentaba, desde comienzos de siglo, el sistema de partidos, pese a la represión a que -con excepción de la oficiosa y derechista Unión del Pueblo Ruso- estos eran sometidos. En la oposición al régimen zarista destacaban un partido de orientación liberal, el Democrático Constitucional, que encabezaba Pável Miliukov, y un Partido Obrero Socialdemócrata, que desde 1903 estaba dividido en mencheviques, dirigidos por Yuli MártoV e Irakli Tsereteli, y bolcheviques, acaudillados por Lenin; este, que con cierto abuso había atribuido a su grupo esa etiqueta de “mayoritarios”, lo convirtió en un partido independiente en 1912. La formación más originalmente rusa, y que albergaba también varias tendencias, era el Partido Social-Revolucionario (o *eserista*, por sus siglas), que recogía la tradición de los *narodniki*, populistas, y tenía su arraigo principal en el mundo campesino.

Una de las más antiguas formaciones, puesto que databa de 1895, era la Unión General de Trabajadores judíos, conocida como el *Bund*, vinculada luego a los mencheviques. Más allá de los tópicos sobre el judeo-comunismo, es verdad que hubo gran presencia de judíos entre los diferentes protagonistas de la Revolución rusa, lo que algo tiene que ver con el hecho de que muchos judíos laicos formaban parte de las clases alfabetizadas, pero no estaban comprometidos con el Estado zarista, ya que este, entre otras muestras de antisemitismo, les tenía vedado el acceso a los servicios administrativos. El cuadro de la vida política soterrada en Rusia debe completarse con una mención a la tradición anarquista, en sus diversas corrientes, y a la existencia de núcleos feministas agrupados, desde 1905, en una Unión por la Igualdad de Derechos.

En cuanto a la participación en la Gran Guerra, es verdad que, teniendo que sostener un largo frente contra tres Imperios, el alemán, el austro-húngaro y el otomano, Rusia empezó a pagar un alto coste en vidas humanas y sufrió, sobre todo en 1915, retrocesos territoriales. Esa realidad no debe hacer olvidar que la alianza militar con Francia y Gran Bretaña para evitar el triunfo del militarismo alemán, admirado por la derecha zarista, fue acogida favorablemente por amplios sectores de la opinión progresista, incluidas figuras de referencia como el anarquista Kropotkin y el marxista Plejánov. También se manifestó, al principio, el consabido “nacionalismo de guerra”, que actuó como factor de lealtad al poder central del Imperio frente al crecimiento, patente desde 1905, de los nacionalismos periféricos. Y no es desdeñable el hecho de que, pese a su fuerte jerarquización, el ejército abría ciertas posibilidades de promoción a los jóvenes campesinos.

No parece que contribuyera a mejorar la situación militar ni la marcha de los asuntos públicos el que, en agosto de 1915, el zar asumiera personalmente la comandancia en jefe de las tropas y delegara poderes en la zarina Alejandra. Esta, Alix de Hesse, era alemana de nacimiento, aunque criada en el entorno de la reina Victoria de Inglaterra, y estaba muy influida, en el seno de la espesa corte rusa, por el monje Grigori Rasputín -contrario, por cierto, a la guerra con Alemania- que fue asesinado a finales de 1916. En ese mismo año se habían producido ciertas mejoras en las condiciones del ejército ruso, y su posición en los frentes distaba de ser desesperada³.

³ Afirmación recientemente documentada en Sean McMeekin: *Nueva historia de la Revolución Rusa*. Madrid, Labor, 2017.

Pero el malestar provocado, o incrementado, por la guerra, que alcanzó en 1917 manifestaciones en todos los países beligerantes (e incluso en algunos que, como España, no lo eran), llegaría a tener muy hondas consecuencias en Rusia.

El mito de la “Revolución burguesa de Febrero” y la “Gran Revolución obrera de Octubre”

Recordemos ante todo que la “Revolución de Febrero” tuvo lugar en marzo y la de “Octubre”, en noviembre, debido a que Rusia no había incorporado la reforma *gregoriana* del calendario, generalizada en el mundo occidental, y seguía con el calendario *juliano*, lo que implicaba trece días de retraso con respecto a aquel. En 1918 el Gobierno bolchevique decidió terminar con el desfase, haciendo que el 1 de febrero de ese año pasara a ser el día 14. También decidió, al mes siguiente, que la capital de Rusia volviera a ser Moscú. Desde su fundación a comienzos del siglo XVIII, lo había sido San Petersburgo, que eslavizó su nombre convirtiéndose en Petrogrado al iniciarse la guerra contra las potencias centrales en 1914; diez años después, tras la muerte de Lenin, pasó a denominarse Leningrado (el repetido sufijo procede del término *górod*, que significa ciudad en ruso), para recuperar su primitivo nombre en junio de 1991.

Aunque el relato oficial soviético estableció que en Febrero se abrió una efímera fase “burguesa” de la Revolución (y eso repiten todavía algunos libros de texto), la verdad es que, si una revuelta popular de impronta proletaria hubo en Rusia en 1917, fue precisamente esa. Tuvo un carácter bastante espontáneo, aunque con participación de fuerzas políticas entre las que los bolcheviques no tuvieron gran peso, y lo que más se cantó en ella fue una versión rusa de *La Marsellesa*. Fue esa revolución la que derribó a la autocracia zarista, dando lugar a un frágil régimen democrático y reformador.

Vale la pena recordar también el protagonismo que en ella tuvieron las obreras. Se inició el 23 de febrero, correspondiente al 8 de marzo, es decir, en la celebración del “día internacional de la mujer trabajadora”, establecido en 1912 por la Internacional Obrera socialista. Aprovechando que, tras el invierno más frío de los últimos años, que había agudizado las dificultades de abastecimiento de Petrogrado, el tiempo había mejorado de golpe, las obreras del arrabal de Vyborg se dirigieron en manifestación hacia el centro de la ciudad. Los acontecimientos se sucedieron en los días siguientes: generalización de las manifestaciones, represión

sangrienta el domingo 26 pero amotinamiento de la guarnición represora al día siguiente, y establecimiento en el palacio de Táuride de dos instituciones nacidas en la revolución de 1905: una comisión de la Duma (el maltrecho Parlamento, del que iba a salir el Gobierno provisional) y un “Sóviet de diputados de obreros y soldados”. El 2 (o 15) de marzo abdicó Nicolás II; no lo hizo en su hijo varón, el zarévich, enfermo de hemofilia, sino en su propio hermano, el gran duque Mijaíl, cuya no aceptación abrió paso al establecimiento de la República.

Mito fundacional del Estado soviético, la por él denominada “Gran revolución socialista de octubre”⁴ fue desde luego una *revolución* si se atiende a sus enormes consecuencias históricas, pero la acción de aquel 25 de octubre (7 de noviembre) consistió esencialmente un golpe de fuerza organizado por los bolcheviques, contra la opinión de algunos de ellos y al margen de las demás fuerzas políticas. En la historiografía de las tres últimas décadas (en los estudios de Richard Pipes y Orlando Figes, entre otros) se viene utilizando con creciente frecuencia la expresión “golpe de Estado” para definir la captura del poder por los bolcheviques, y en el libro de un historiador español publicado en este año del centenario se puede leer esta puntualización: “Estrictamente hablando, la ‘Revolución rusa’ fue la de Febrero de 1917. ‘Octubre’ fue un golpe de Estado, un alzamiento, un pronunciamiento, no una revolución”⁵.

Sin entrar en debates nominalistas, es oportuno señalar que esta expresión, que desafía las tradiciones léxicas ortodoxas, tiene ella misma una tradición que se remonta a las fuentes documentales. En el propio relato de John Reed, hacia el final del capítulo IV, leemos lo siguiente: “el Sóviet de Petrogrado derribó al Gobierno Provisional y colocó al Congreso de los Sóviets ante el hecho del golpe de Estado”. Y si, por ejemplo, atendemos a otro reportaje de un gran periodista, el que Manuel Chaves Nogales publicó, con el título “Lo que ha quedado del imperio de los zares”, en el diario *Ahora*, en enero y febrero de 1931, encontramos esta precisa frase: “Vino la revolución de marzo y luego el golpe de Estado

⁴ Objeto desde 1918 de grandes conmemoraciones con desfiles, el 7 de noviembre dejó de ser fiesta el año 2005 y Putin ha establecido en su lugar el 4 de noviembre como “día de la unidad nacional”, que conmemora un alzamiento en Moscú contra la ocupación polaca en 1612.

⁵ José M. Faraldo: *La Revolución rusa: Historia y memoria*. Madrid, Alianza, 2017, p.25. El capítulo 11 lleva por título “El golpe de Estado bolchevique”.

bolchevique”. Nada de ello debe sorprendernos mucho porque hasta Trotsky y Lenin calificaron de *golpe* la acción en algunos de sus textos circunstanciales.

Para encuadrar tal pronunciamiento, los bolcheviques instrumentalizaron una organización que en principio tenía carácter defensivo. El Sóviet de Petrogrado, bastión del poder desde la Revolución de Febrero, autorizó el 9 de octubre, a propuesta menchevique, la creación de un *Comité Militar Revolucionario* para garantizar la defensa de la capital frente a la ofensiva alemana y a la amenaza de un nuevo golpe militar derechista, tras el que el general Kornílov había encabezado a finales de agosto. Pero, bajo la iniciativa de Trotski, que se había incorporado en julio a los bolcheviques y estaba al frente del Sóviet desde el 25 de septiembre, ese Comité se convirtió en el principal vehículo de la insurrección, tras conseguir la adhesión de buena parte de la guarnición de Petrogrado.

Si el desencadenamiento de la acción se debió al empeño tenaz de Lenin, su organizador principal fue, pues, Trotski, como lo señaló, en el primer aniversario de los hechos, un artículo del diario ya oficial *Pravda*, en el que se afirmaba que “la audaz ejecución de la labor del CMR se la debe el partido principalmente y por encima de todo al camarada Trotski”; un detalle: el artículo llevaba la firma de Stalin. El episodio más conocido de aquella jornada fue el asalto al palacio de Invierno, defendido por escasas fuerzas entre las que figuraba un batallón de choque femenino, que permitió la detención del Gobierno provisional (sin su presidente Kérenski) en torno a las dos de la madrugada del día 26. Ese ataque fue dirigido por Vladimir Antónov-Ovsényenko, que, andando el tiempo, sería cónsul general en Barcelona durante la Guerra Civil española, y a continuación también víctima de la represión de Stalin, en febrero de 1938.

Rodeada de acontecimientos violentos, aquella jornada decisiva del 25-26 de octubre (7-8 de noviembre) transcurrió, a diferencia de las movilizaciones de Febrero, casi sin víctimas y no llegó a producir mucho impacto cívico en Petrogrado, donde siguieron funcionando los tranvías, y abiertos los restaurantes y teatros. Un ambiente muy distinto al recreado, diez años después, por Serguéi Eisenstein en la película *Octubre*, el rodaje de cuyas espectaculares escenas causó, según es fama, más daños que la acción evocada. Más complicada, aunque con menos eco histórico, fue la situación en Moscú, donde los bolcheviques solo consiguieron controlar la ciudad tras encarnizados combates, centrados en el Kremlin, entre el 26 de octubre y el 2 de noviembre.

El mito de la inviabilidad de la República democrática: el denigrado Kérenski

Tanto los partidarios del zarismo como los bolcheviques procuraron amalgamar Febrero y Octubre en un mismo proceso, desdichado para unos, emancipador para otros; la expresión acuñada “Revolución rusa” (en singular) ha contribuido a consolidar esa imagen. Sin embargo, quienes han insistido en entender Octubre no como el cumplimiento del proceso revolucionario, sino como la interrupción de las perspectivas democráticas abiertas por él, han encontrado creciente refrendo historiográfico a sus posiciones. En palabras de una historiadora francesa que conoce a fondo la historia de Rusia, “la revolución de Febrero, a pesar de las dificultades encontradas (...) había trazado las vías de la modernización política. Pero (...) Lenin detuvo la modernización en curso, sustituyó la democracia en marcha por un sistema totalitario y apartó por mucho tiempo a Rusia del mundo occidental”⁶.

Las posibilidades de consolidación de la nueva República fueron evocadas por el propio Reed, que, en el prefacio de su libro, firmado en Nueva York el 1 de enero de 1919, afirmaba que, tras la revolución de marzo, “en los primeros meses del nuevo régimen, tanto la situación interior del país como la capacidad combativa de su ejército mejoró indudablemente, pese a la confusión propia de una gran revolución, que había dado inesperadamente la libertad a los ciento sesenta millones que formaba el pueblo más oprimido del mundo”.

De hecho, los avances del Gobierno provisional con respecto al pasado zarista fueron bastante rápidos y contundentes. Antes de que se cumpliera un mes de su constitución, había promulgado una amnistía para todos los presos políticos, suprimido la pena de muerte, reconocido la igualdad de derechos, extendiendo el voto a las mujeres, e instaurado la libertad de cultos, suprimiendo las discriminaciones a los judíos. El propio Lenin, en vísperas de su regreso a Rusia, la definió como “el país más libre del mundo”.

Pero el Gobierno asumió también la decisión de seguir en la guerra (donde la entrada de Estados Unidos en abril mejoraba las perspectivas de la Entente y sus aliados), a la vez que adoptaba, por la presión del Sóviet, mejoras en el trato a

⁶ Hélène Carrère d'Encausse: *Lenin*. Madrid, Espasa Calpe, 1999, p.424.

los soldados y permitía que estos pudieran elegir a nuevos oficiales de entre los militares profesionales. Se trataba, en suma, de sostener una guerra donde existían perspectivas de victoria, sin ceder a las presiones para acabarla a la desbandada.

El menosprecio a la significación del Gobierno provisional guarda relación con la visión denigratoria de quien fue su principal protagonista, Alexander Kérenski. Nacido en Simbirsk en 1881 (paisano por lo tanto de Lenin y once años menor que él), notable abogado y orador, este *trudovik* (laborista), situado en la corriente moderada de los socialrevolucionarios, y masón, fue el único político presente en los dos poderes actuantes a raíz de la Revolución de Febrero: miembro del Sóviet de Petrogrado, fue a la vez ministro de Justicia, y luego de Guerra y Marina, del gobierno presidido por Lvov; y en julio sustituyó a este como presidente, hasta que su propio gobierno fue abatido por la insurrección de los bolcheviques. Si estos lo presentaron como un residuo burgués barrido por las masas, la derecha autoritaria lo consideró un peligroso demagogo que había abierto las puertas al comunismo (de hecho, fue el chivo expiatorio de los emigrados rusos más reaccionarios) y utilizó largamente su figura para desautorizar a políticos demócratas y reformadores. Durante nuestra Segunda República, Azaña, entre otros, fue motejado como “el Kérenski español”.

El caso es que no faltan indicios de que las derechas zaristas, que compartían con Lenin y los suyos la aversión al gobierno de Kérenski y la voluntad de firmar la paz con Alemania, se alegraron inicialmente del golpe de los bolcheviques, pensando que estos no se consolidarían en el poder, lo que facilitaría la reacción. Sobre esa connivencia escribió Victor-Serge en su libro *El año I de la revolución rusa* que los militares partidarios del regreso al antiguo régimen “con frecuencia obraban bajo el impulso de su aversión al régimen de Kérenski; el odio que sentían por la democracia les impulsaba a desarrollar la política del mal mayor. Fueron útiles”. Y en una obra historiográfica reciente se afirma que “en la inminente batalla entre Kérenski y los bolcheviques, los oficiales rusos no apostaban por ninguno de los dos bandos”⁷.

Establecido en París (en 1938 marcharía a Nueva York, donde murió en 1970), Kérenski tuvo tiempo de meditar y de escribir sobre su turbulenta experiencia

⁷ Victor-Serge: *El año I de la revolución rusa*. Madrid, Siglo XXI, 1972 [1930], p.87. McMeekin, p.254. También de Victor-Serge: *Memorias de un revolucionario*. Madrid, Veintisieteletas, 2011 [1947].

política. A comienzos de 1931, Chaves Nogales visitó en París a quien era “presentado por unos y otros como un pelele juguete de los acontecimientos” y trazó de él una semblanza francamente favorable. Poco después, en agosto, el también periodista español Vicente Sánchez Ocaña recogió unas interesantes apreciaciones suyas sobre las diferencias entre Rusia y España y las posibilidades de consolidación de la joven República española. Recomendaba Kérenski a los gobernantes de ésta que evitaran el desorden público y vigilaran a los militares, y pedía al partido Socialista que “no abandone a la República por escrúpulos doctrinales [...] a mí me parece que el socialismo español haría mal si por conservar blanco el vestido dejara abandonada a la República. ¡Que se le arrugue y se le estropee un poco el traje, pero que no se pierda la democracia en España!”⁸.

El mito del poder soviético

El primer *sóviet*, asamblea o consejo de delegados obreros, se constituyó en San Petersburgo, durante la revolución de 1905, con cierta aceptación gubernamental; Trotski, a la sazón menchevique, fue su segundo presidente. Desde la revolución de marzo de 1917, los sóviets reaparecieron y se extendieron en las ciudades y en el frente, incorporando a muchos campesinos convertidos en soldados. La presencia bolchevique en ellos fue al principio minoritaria: en el primer “Congreso panruso de los sóviets”, reunido en Petrogrado del 3 al 24 de junio de 1917, había 285 delegados socialrevolucionarios, 248 mencheviques y solo 105 bolcheviques.

Pero en el segundo congreso ya prevalecían los bolcheviques. Cuando inició sus sesiones, a las 10.40 de la noche del 25 de octubre, se estaba produciendo -y no era una coincidencia casual- el asalto al palacio de Invierno. Varios delegados, y con particular énfasis el menchevique Yuli Márto, denunciaron la interferencia de “un complot militar organizado por uno de los partidos revolucionarios” y pidieron que se formara un gobierno de unidad democrática. Ante el rechazo bolchevique a compartir el poder, las demás fuerzas participantes en el soviets (mencheviques, *bundistas* judíos y una parte de los socialrevolucionarios) amenazaron con abandonar el congreso. Trotski, tras llamarlos “miserables

⁸ Manuel Chaves Nogales: *Lo que ha quedado del imperio de los zares*. Edición de María Isabel Cintas. Sevilla, Renacimiento, 2011. La cita de Chaves Nogales, en p.100; la de Sánchez Ocaña, en pp.29-30.

fracasados”, los animó a marcharse en frase famosa: “id al sitio que os corresponde, al basurero de la historia”⁹. Verificada la retirada de los oponentes, el congreso, ya bajo el solo control de los bolcheviques reforzados por la ocupación armada de los centros de poder, declaró que “la retirada de los elementos conciliadores fortifica a los sóviets, en lugar de debilitarlos, porque purifica de elementos contrarrevolucionarios el poder de obreros y campesinos”¹⁰.

En la noche de ese mismo 26, el congreso de los sóviets adoptó un decreto redactado por Lenin que disponía la formación de “un Gobierno obrero y campesino provisional llamado Consejo de los Comisarios del Pueblo”. Lo integraban solo bolcheviques, pese a que, en palabras de Reed, “una parte considerable de los bolcheviques se inclinaba a favor de formar un Gobierno de todas las fuerzas socialistas”. Lenin leyó a continuación “la proposición de paz a los pueblos y gobiernos de todos los países beligerantes”, que suponía la salida de la guerra. Reparemos en esta nota de ambiente, que transmite Reed: “Eran exactamente las 10 y 35 cuando Kámenev [que presidía] propuso a todos los que votasen a favor del llamamiento levantar sus mandatos. Un delegado probó votar en contra, pero en torno suyo estalló tal explosión de ira que bajó precipitadamente el brazo... Fue aprobado por unanimidad”. Entonces cantaron *La Internacional* y Reed observó que “Alexandra Kollontái se limpió a hurtadillas una lágrima”¹¹.

Cuando, en la madrugada del 27 de octubre, se clausuró el congreso, había quedado claro lo que el historiador Orlando Figes explica en estos términos: “La revolución de Lenin fue dirigida contra los otros partidos basados en los sóviets tanto como contra el Gobierno Provisional”¹². Pero ese golpe contra las dos instituciones nacidas de la Revolución de Febrero tropezó enseguida con resistencias obreras. El 29 de octubre, la poderosa Confederación de Obreros

⁹ Trotski utilizó el término *svalka*, que puede traducirse también por ‘vertedero’. Reed da su versión de la frase en p.116.

¹⁰ Es Victor-Serge, en p.79, quien reproduce esta declaración, en la que se puede apreciar la precocidad del tono de exclusión y purga.

¹¹ Las citas de Reed, p.142 y p.149, en el capítulo V, titulado “Avance incontenible”. Kollontái, que acababa de ser nombrada comisaria (es decir, ministra) de Asistencia pública en el Gobierno presidido por Lenin, encabezaría luego una “oposición obrera” y sería relegada, a partir de 1922, a tareas de representación diplomática en Escandinavia.

¹² Orlando Figes: *Revolutionary Russia, 1891-1991*. New York, Picador, 2015, p.93.

Ferrovianos desencadenó una huelga, proclamando que “el Consejo de los Comisarios del Pueblo que acaba de formarse en Petrogrado apoyándose en un solo partido no puede ser reconocido y sostenido por todo el país. Es necesario formar un nuevo Gobierno que goce de la confianza de todos los demócratas. Ese Gobierno solo puede ser creado mediante un acuerdo mutuo de los partidos democráticos, y no por la fuerza de las armas”¹³. Las protestas antibolcheviques se extendieron a varios sectores, de modo que una de las primeras tareas de este gobierno sedicentemente obrero fue acabar con las huelgas obreras.

Quedaba otro escollo más formalmente democrático: la Asamblea Constituyente. Las elecciones para conformarla, con sufragio universal (femenino incluido), habían sido convocadas por Kérenski (primero para el 17 de septiembre, y luego pospuestas para el 12 de noviembre). Se celebraron, pues, ya con los bolcheviques en el poder y se desarrollaron con bastante normalidad y participación. Aunque los datos difieren en matices, está claro que los bolcheviques no pasaron del 25 por ciento de los votos (con unos 170 escaños de los algo más de 700) y que fueron ganadas por los socialrevolucionarios, con más del 40 por ciento. Estos consiguieron un amplio triunfo en el campo, mientras aquellos obtuvieron más votos en las ciudades y en el ejército.

Los diputados se reunieron el 5 (o 18) de enero de 1918, en el palacio de Táuride, bajo la vigilancia de guardias rojos y marinos bolcheviques y anarquistas. Para la presidencia, los bolcheviques, en minoría, apoyaron a una candidata del ala izquierda de los socialrevolucionarios, que estaba aliada con ellos: Mariya Spiridónova; pero esta fue derrotada por Víctor Chernov, también socialrevolucionario y apoyado por los no bolcheviques¹⁴. Habiendo manifestado con esta y otras disposiciones su voluntad de no someterse, la Asamblea solo pudo laborar durante unas horas: a las cuatro de la mañana del día 6 un marino anarquista conminó al presidente Chernov a clausurar la sesión porque “la guardia está cansada”. Unas horas después, un decreto del Gobierno bolchevique disolvía la Asamblea, guardias rojos impedían el acceso a los diputados, y una manifestación en su apoyo era disuelta a tiros.

¹³ Citado en Gerard Walter: *Lenin*. Barcelona, Grijalbo, 1974 [1950] p.359.

¹⁴ Chernov obtuvo 244 votos frente a 153 para Spiridónova. Esta revolucionaria, que había sido puesta en libertad tras la Revolución de Febrero, se opuso, a partir de julio de 1918, a los bolcheviques; fue recluida y más tarde, en septiembre de 1941, ejecutada.

Las funciones legislativas de la efímera Asamblea fueron transmitidas a los Sóviets, que ya habían empezado a convertirse en una especie de cámara de registro de las iniciativas bolcheviques. Así pues, la disolución de la democracia parlamentaria y el vaciamiento de la utopía soviética corrieron a la par, como lo explicó lúcidamente Rosa

Luxemburg en unas notas que redactó en 1918, en una celda de Breslavia, poco antes de ser asesinada por oficiales alemanes (y que su destinatario directo, Paul Levi, no publicaría hasta 1922): “En lugar de los órganos representativos surgidos de elecciones populares, Lenin y Trotski han establecido los sóviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los sóviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y de reunión, sin un debate libre, la vida muere en toda institución pública, se convierte en una mera apariencia de vida y solo la burocracia permanece como elemento activo”¹⁵.

El mito de la consecución de la paz

Cuando llegó a Petrogrado, el 3 de abril, Lenin llevaba 17 años fuera de Rusia, solo interrumpidos por seis meses en 1905-6. Había hecho el recorrido desde Zurich en ocho días, y antes de pasar por Suecia y Finlandia, había atravesado Alemania en el famoso tren, que no era tanto “sellado” como dotado de extraterritorialidad, con 31 acompañantes, incluidas dos mujeres importantes en su vida afectiva y política: su esposa Nadiechda Krúpskaia (1869-1939) e Inessa Armand (1874-1920).

Al llamamiento para derribar al Gobierno provisional y trasladar “todo el poder a los soviets” -que sorprendió por su dureza incluso a buena parte de los bolcheviques- Lenin unió la reclamación de la paz a toda costa. Una reivindicación que convenía al Gobierno alemán, lo que explica tanto las facilidades que este había concedido para el traslado de Lenin y los suyos a Rusia, como los subsidios proporcionados luego, por vía indirecta, a la abundante prensa antibélica de los

¹⁵ Rosa Luxemburgo: *La Revolución rusa*. Barcelona, Páginia Indómita, 2017 [1922], p.120.

bolcheviques¹⁶. La campaña aumentó la popularidad de estos, en particular entre los soldados desertores, amenazados con volver a las trincheras, que llegaron a ser un millón entre marzo y octubre de 1917¹⁷. Claro es que se trataba de un instrumento de atracción de masas, cansadas de la guerra, no de un designio pacifista: “transformar la guerra imperialista en una guerra civil” había sido la consigna de Lenin desde 1914. Y, en 1918, la población rusa saldría de la Gran Guerra para sumergirse en una no menos cruenta guerra civil.

En el tratado de Brest-Litovsk, el 3 de marzo de 1918, Rusia aceptó, por decisión de Lenin, las durísimas condiciones impuestas por Alemania, que Trotski, entonces comisario de Asuntos exteriores, y otros dirigentes, eran renuentes a asumir. El antiguo imperio ruso perdía unos 800.000 kilómetros cuadrados y al menos un tercio de su población (más de 55 millones de habitantes), así como un tercio de su producción agrícola y la mitad de su industria. Confiado en el pronto estallido de la revolución en Alemania, y decidido a salvaguardar ante todo el poder bolchevique, Lenin apostó por “ganar tiempo, cediendo territorio”.

Poco después, el 8 de marzo, el VII congreso bolchevique sancionó una propuesta, que ya había hecho Lenin en la novena de sus diez “tesis de abril” de 1917, por la que la facción bolchevique del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia pasaba a denominarse “Partido Comunista”. Los nuevos símbolos -ya comunes al Partido y al Estado-, la hoz campesina y el martillo obrero, hicieron su aparición en el desfile del Primero de Mayo de 1918, en tanto que la estrella roja de cinco puntas era el emblema adoptado por el naciente del Ejército Rojo, constituido, también en marzo de 1918, bajo la activa dirección de Trotski, que pasaba de los asuntos exteriores a los militares.

Ese ejército, que reclutó y entrenó a entre dos y tres millones de soldados entre 1918 y 1920, incorporando también a más de cincuenta mil oficiales procedentes del ejército zarista, vigilados por “comisarios políticos”, consiguió, ya en 1920, ganar la guerra civil, aunque se mantuvieron algunos focos de resistencia hasta el año siguiente. Los contrarios al poder comunista abarcaban un amplio espectro ideológico, pero el Ejército Blanco terminó asociando su imagen con

¹⁶ Sobre el trasfondo alemán de las campañas bolcheviques, pone más énfasis McMeekin que Catherine Merridale en *El tren de Lenin. Los orígenes de la revolución rusa*. Barcelona, Crítica, 2017.

¹⁷ Julián Casanova: *La venganza de los siervos. Rusia 1917*. Barcelona, Crítica, 2017, p.165.

los partidarios del regreso al régimen zarista, y sus violencias sobre la población no fueron a la zaga de las de sus enemigos, con el añadido de pogromos contra los judíos. Además, los pactos que *los blancos* establecieron con independentistas reaccionarios como el ucraniano Simon Petliura y el apoyo que recibieron de tropas de otros países hicieron que un amplio sector de la población percibiera a *los rojos* como un mal menor, en tanto que más próximos a la gente pobre, defensores de la unidad nacional y opuestos a la intervención extranjera¹⁸.

La guerra civil acentuó los rigores de la dictadura, ya que fue ocasión propicia para cerrar filas, polarizar a la población y aplastar, o aplazar, aspiraciones y libertades populares. A partir de ella, el militarismo, con sus uniformes, desfiles, medallas y escalafones, y su apelación a batallas, campañas y frentes, se convertiría -con el refuerzo luego de la Segunda Guerra Mundial- en un rasgo del comunismo.

Las pérdidas humanas de la Revolución habían sido relativamente moderadas: entre 1500 y 2000 muertos tanto en Febrero (sobre todo en Petrogrado) como en Octubre (sobre todo en Moscú). Entre 1914 y 1921, la etapa de menor mortandad fue precisamente 1917 y comienzos de 1918. Si la Gran Guerra le costó a Rusia unos dos millones de muertos, la guerra civil produjo más de un millón entre los combatientes, pero la cifra de muertos civiles se disparó hasta los cinco millones por las represalias, las epidemias (como el tifus, del que murió Reed, el 17 de octubre de 1920, a punto de cumplir los 33 años) y el hambre (sobre todo en las provincias del Volga, con un tardío recurso a la ayuda internacional). La emigración política, acentuada desde 1919, afectó a cerca de un millón de personas.

La despoblación fue particularmente notable en las zonas urbanas. Moscú perdió casi la mitad de su población; y Petrogrado, más de dos tercios: de 2,5 millones en 1917 pasó a 750.000 en agosto de 1920¹⁹. El regreso al campo, donde las posibilidades de supervivencia eran mayores, alimentó la paradoja de que la

¹⁸ A este respecto resulta ilustrativa la crónica novelada que Chaves Nogales publicó en 1934 con el título *El maestro Juan Martínez que estaba allí* (Barcelona, Asteroide, 2009), en particular el capítulo 22, que lleva por título "Por qué triunfaron los bolcheviques". Un estudio ya clásico sobre el tema, recientemente editado en español, es el de Evan Mawdsley: *Blancos contra Rojos: la Guerra civil rusa*. Madrid, Desperta Ferro, 2017 (1987).

¹⁹ Casanova, p.152; McMeekin, p.324, entre otros.

llegada oficial de la ya exigua clase obrera al poder se saldara con una drástica restricción de su significación numérica: entre 1916 y 1920 los tres millones de obreros rusos habían pasado a ser menos de la mitad. En palabras de Nicolas Werth: “La sociedad rusa emerge de la guerra civil más arcaica, más militarizada, más campesina”²⁰.

El mito de la dictadura del proletariado y la represión de los contrarrevolucionarios

El recurso a la “dictadura del proletariado” encubrió las medidas que enseguida adoptaron los bolcheviques para aplastar las resistencias que encontraron en el propio movimiento obrero. Juan Díaz del Moral, en su meritoria y casi coetánea *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas* (concluida en 1923 y publicada en 1928), presentó el tema con esta perspicacia y claridad: “empezaron inmediatamente las resistencias, y entonces los bolcheviques se acogieron a la teoría marxista de la dictadura del proletariado, que es un quiste, originario del socialismo utópico, dentro de la concepción científica del gran pensador alemán. (...) Lo que aspiraba a ser la dictadura del proletariado se convirtió bien pronto en una dictadura sobre el proletariado. Para justificar su actitud acudieron a la táctica habitual en los partidos obreros de tachar de contrarrevolucionarios y burgueses a cuantos trabajadores no pensaban como ellos”²¹.

El que la primera oposición política a los bolcheviques en el poder vino de las otras fuerzas de izquierdas tiene posterior confirmación historiográfica. Julián Casanova lo explica así en un reciente libro: “Hasta que los conservadores y contrarrevolucionarios pudieron reunir sus fuerzas y crear un ejército con garantías, pasaron seis meses y durante ese tiempo la mayor resistencia a Lenin provino de las otras fuerzas socialistas y revolucionarias que insistían en que debía formarse un amplio Gobierno de Coalición de izquierdas y que tampoco compartían los planes bolcheviques para el control de la tierra y de las industrias.” Y más adelante confirma que “los bolcheviques adoptaron la estrategia de llamar contrarrevolucionario a todo lo que se les oponía”²².

²⁰ Nicolas Werth: *Histoire de l'Union Soviétique de Lénine à Staline* (1917-1953), Paris, PUF, 1995, p.24.

²¹ Juan Díaz del Moral: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Madrid, Alianza, 1973, p.153.

²² Casanova, p.130 y p.173.

A partir del 7 de diciembre 1917, entró en funcionamiento la “Comisión Extraordinaria Panrusa de Represión de la Contrarrevolución y el Sabotaje”, conocida como *Cheka*, que estuvo dirigida por Félix Dzerzkinski (1877-1926), noble polaco educado por jesuitas, convertido a la sazón en asceta revolucionario. Los antecedentes próximos de esta policía política estaban en la zarista *Ojrana*, creada en 1881 y disuelta tras la Revolución de Febrero. En 1922 adquirió carácter permanente con la creación del GPU (reconvertido en NKVD en 1934, y en KGB en 1954).

Los socialrevolucionarios *de izquierda*, hasta entonces aliados de los bolcheviques, se sumaron a la oposición desde junio de 1918. En su entorno se organizaron varios atentados, como el asesinato del conde Mirbach, embajador de Alemania, el 6 de julio, y, los disparos que, el 30 de agosto, Fatnia Rotman (conocida como Dora Kaplan) realizó contra Lenin. Estos hechos provocaron el desencadenamiento del “terror rojo” y dieron alas a un naciente culto a Lenin como “zar del pueblo”, en tanto que el zar genuino y su familia fueron fusilados en Ekaterinburgo, Siberia, el 17 de julio.

Cuando en 1920 el Ejército Rojo tenía virtualmente ganada la guerra civil, esta se prolongó sobre todo con el aplastamiento de movimientos populares campesinos, conocidos como los *verdes*, que eran antibolcheviques pero que no habían apoyado a los blancos. Es el caso de la rebelión en la región de Tambov, entre el otoño de 1920 y la primavera de 1921, encabezada por el socialrevolucionario de izquierda Alexander Antónov. En Ucrania oriental, el anarquista Néstor Majnó había encabezado un movimiento de base campesina que combatió, tras el tratado de Brest-Litovsk, a las fuerzas austro-alemanas, a los nacionalistas de Simon Petliura y a los monárquicos blancos de Denikin y Wrangel; y, aunque establecieron acuerdos con los bolcheviques, estos acabaron con ellos entre noviembre de 1920 y el verano de 1921.

La más simbólica de las acciones represivas contra sectores críticos con el poder bolchevique, pero que, pese al empeño de este en considerarlos *contrarrevolucionarios*, difícilmente soportan tal calificativo, es la que se produjo en Cronstadt, base naval situada en una isla del golfo de Finlandia, a unos 30 kilómetros de Petrogrado, que había tenido un notable protagonismo en las revoluciones de 1905 y 1917, y en la propia guerra civil a favor del Ejército Rojo. En febrero de 1921, se produjo allí una revuelta, con presencia de socialrevolucionarios, anarquistas e incluso bolcheviques, en protesta por la

escasez de alimentos y en favor de un mayor pluralismo en el Sóviet, a lo que se añadieron algunas dosis de antisemitismo. En el duro aplastamiento, realizado entre el 7 y el 18 de marzo, el protagonismo político correspondió a Trotski y el militar a Tujachevski, dos futuras víctimas de Stalin. En ese mismo 1921 en que los anarquistas abandonaron sus últimas veleidades de colaboración con los bolcheviques, murió Kropotkin y dejaron Rusia personajes como Emma Goldman y Alexander Berkman; este publicó en 1922, en Estados Unidos, un libro titulado *El mito bolchevique*²³.

En marzo-abril de 1921, Lenin, que no tenía gran disposición para aceptar puntos de vista distintos a los suyos, pero sí cierta flexibilidad para cambiar él mismo de opinión, rectificó la orientación económica, y adoptó la NEP. Coincidiendo con ello, se proscribió cualquier resto de actividad al margen del partido único y el X congreso de este prohibió, a propuesta de Lenin, los grupos y fracciones internos, como la llamada Oposición obrera. Es decir que la liberalización económica fue acompañada de un refuerzo del autoritarismo político. Este se hizo sentir también en el terreno del arte, donde fue concluyendo la luna de miel del bolchevismo con la vanguardia, sostenida, en los primeros tiempos, por Anatoli Lunacharski al frente del comisariado de Instrucción.

El mito de la construcción de una sociedad sin clases; su proyección en España

La Revolución de Febrero repercutió en España, ofreciendo el ejemplo de una alianza de clases medias y populares contra la autocracia, lo que no dejó de inspirar ciertos temores en ambientes cortesanos y conservadores. La de Octubre, recibida inicialmente como un episodio más de la convulsa vida política rusa y una mala noticia militar para la causa de la Entente, se fue convirtiendo en una referencia intensa, hasta el punto de que la esperanza y el ejemplo que venían de Rusia no fueron, al final, los del Febrero democrático, sino los del Octubre rojo. Ese impacto tomó algunas formas curiosas, como se puede apreciar en un par de breves ejemplos en verso.

²³ Estos temas son tratados en Julián Vadillo Muñoz: *Por el pan, la tierra y la libertad. El anarquismo en la Revolución rusa*. Guadalajara, Volapük, 2017.

La imagen de los bolcheviques como una subversión liberadora: en una pequeña ciudad, una joven sueña con un horizonte vital menos monótono y su madre la reconviene. Así lo plasma Antonio Machado en esta breve nota poética de “Apuntes y canciones”: *Y los bolcheviques / (sobran rejas y tabiques) / di, madre, ¿cuándo vendrán? / -Si te oye Don Lino, / ¡válgame la Trinidad! / La honrada mocita / coser y esperar.*

El asunto suscita entusiasmos inesperados. Eugenio Montes, antes de adoptar las ideas de la derecha autoritaria que profesó el resto de su vida, cultivó la poesía ultraísta y el galleguismo con entusiasmos de este cariz: *El día del triunfo del bolcheviquismo / los himnos maduros caerán de los árboles [...] / Y por el camino de Santiago / los pájaros tenderán puentes de luz / para que pasen a Rusia los peregrinos*²⁴.

Pero el principal impacto se aprecia, desde luego, en el mundo obrero. En su libro ya citado, Juan Díaz del Moral relata que “la noticia [de la Revolución de Octubre] produjo el efecto de un explosivo entre los militantes del proletariado español, especialmente entre sindicalistas y anarquistas”. Añade la anécdota de que el agitador anarquista Salvador Cordón “transformó su apellido en el de Kordhonief”; y, a propósito de este “espejismo ruso”, cuenta que en sus “frecuentes conferencias con trabajadores” comprobó que “toda conversación derivaba inevitablemente hacia el tema ruso”: le preguntaban lo que se sembraba allí, si llovía, si hacía calor o frío, hacia dónde caía, si estaba muy lejos, cuánto se tardaría en llegar andando... Ese interés no mermó, sino al contrario, la hostilidad de los anarquistas hacia socialistas y republicanos, toda vez que “al iniciarse la agitación obrera bolchevique, la prensa y los Congresos del anarco-sindicalismo arrecieron la campaña contra las izquierdas y los partidos antidinásticos”²⁵.

De la fascinación inicial de los anarquistas españoles por los bolcheviques da cuenta Manuel Buenacasa que escribió en 1928 “¿Quién en España, siendo anarquista, desdeñó motejarse de bolchevique?”, en tanto que Joaquín Maurín señalaba en 1935 que “el mito del Soviet (consejo de obreros) estaba muy cerca del sindicato, y el anarcosindicalismo se lo hizo suyo”, añadiendo que

²⁴ En “Grecia”, 1920. Citado en José-Carlos Mainer: *Falange y literatura*. Barcelona, RBA, 2013, p.513.

²⁵ Díaz del Moral, p.343, nota 78; el último entrecomillado en p.349.

esa “adhesión a la revolución rusa fue intuitiva y sentimental”²⁶. El II congreso de la CNT, celebrado en el teatro de la Comedia de Madrid en diciembre de 1919, declaró que “se adhiere provisionalmente a la Internacional Comunista por el carácter revolucionario que la informa”. Aunque esta proposición fue aprobada por aclamación, se escucharon llamadas de atención como la que, en debate con Hilario Arlandis, hizo Eleuterio Quintanilla: “La dictadura rusa, tal como se ha ejercido, constituye para nosotros un serio peligro, que si no está a nuestro alcance combatir, si lo está, y debe estarlo, no aplaudir. La dictadura, puesta en manos de un gobierno, por revolucionario que este sea, es siempre un peligro para los propios revolucionarios, es siempre un peligro para la propia revolución”²⁷. Mientras la CNT hacía ese viaje (de ida y vuelta), la UGT, en cambio, decidió, en su XIV congreso de junio-julio de 1920, permanecer en la Federación Sindical Internacional, al margen de la influencia comunista.

Además de la ilusión entusiasta, y a menudo efímera, de muchos revolucionarios, y de la aversión horrorizada de los poderosos, lo ocurrido en Rusia suscitó también la desazón crítica de los que querían que las transformaciones políticas y sociales no sacrificaran la libertad. Un buen ejemplo, para el caso de España, es Fernando de los Ríos, que realizó, por encargo del PSOE, una visita a Rusia en el otoño de 1920 y publicó, en junio de 1921 un libro titulado *Mi viaje a la Rusia Sovietista*, con informaciones de interés y observaciones tempranamente perspicaces sobre la naturaleza del régimen soviético. Por sus páginas desfilan Trotski, Bujarin, Lunacharski, Lenin, y hasta el ya anciano y retirado Kropotkin. El autor advierte que “no se demuestra el amor a un ideal asintiendo a cuanto en su nombre se realiza”, para afirmar a continuación que aquella realidad no debe adoptarse como modelo porque constituye “una conducta del Poder que, aun cuando alguien lograra justificarla alegando razones peculiares a Rusia, sería monstruoso para la conciencia socialista tomarla como norma de su actividad futura”. Y más adelante: “Si el factor voluntad popular es suplantado -que es el caso ruso como hemos visto- y es uno quien se atribuye a sí mismo el carácter de guía, sin admitir respecto de ello la legitimidad de una oposición, entonces nos

²⁶ Citado en Víctor Alba: *Dos revolucionarios: Joaquín Maurín, Andreu Nin*. Madrid, Seminarios y ediciones, 1975, p.41 y p.49.

²⁷ Miguel González Ureña y Fidel Revilla González.: *La CNT a través de sus Congresos*. México, 1981; el capítulo 9 aborda la actitud de la CNT ante la Revolución Rusa.

hallamos ante un régimen de autocracia que, aun supuesto que esté confiado a los mejores, lleva ya en sí, precisamente por ser autocracia, el germen de todos los privilegios e infecundidades”. El socialista español incorpora esta pregunta a la conclusión de su libro: “¿Llegará Rusia a comprender que la igualdad sólo puede ser buscada por la vía de la libertad?”²⁸.

El mito del internacionalismo

La principal contribución de la Revolución rusa a la geografía política en los primeros cinco años de su existencia fue la descomposición transitoria del Imperio ruso y su posterior reconstrucción, bajo la fórmula de la URSS, en diciembre de 1922 (hasta 1991). Gracias a la derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial y al desarrollo de la guerra civil, Rusia solo cedió territorios en los Estados bálticos, parte de Polonia, y Besarabia (anexionada por Rumanía), pero consiguió, entre otras reincorporaciones, las de Ucrania y Georgia. El único país que obtuvo una independencia definitiva -ya prometida por el Gobierno provisional- fue Finlandia, que había sido un gran ducado de la Rusia imperial desde 1809, y cuyas ciudadanas fueron, por cierto, las primeras europeas en poder votar, en 1906. La declaración de independencia por el Parlamento finlandés el 6 de diciembre 1917 fue reconocida por el Gobierno de Lenin el día 31, y seguida de una cruenta guerra civil hasta abril de 1918, en la que el sector apoyado por Rusia llevó la peor parte frente a los *blancos*, sostenidos por Alemania.

Ahora bien, el principal medio de influencia exterior de la nueva Rusia fue la Internacional Comunista, la *Comintern*, también llamada Tercera Internacional. Concebida para promover la acción revolucionaria fuera de Rusia siguiendo el modelo soviético, se convirtió pronto, ante el fracaso de la revolución mundial, en un disciplinado instrumento de la política exterior del nuevo Estado ruso.

²⁸ Cito por Fernando de los Ríos: *Mi viaje a la Rusia Sovietista*. Madrid, Fundación Fernando de los Ríos, 1994 [1921], p.92, p.110 y p.231. Palabras que guardan consonancia con las críticas tempranas de Rosa Luxemburg, en su mencionado escrito de 1918: “La libertad solo para los partidarios del Gobierno, solo para los miembros de un partido -por muy numerosos que estos sean- no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para quien piensa de manera diferente”.

Tras un congreso fundacional en Moscú del 2 al 4 de marzo de 1919 y que fue poco representativo ya que la mayoría de los participantes residía en Rusia, fue en el segundo congreso, celebrado en julio de 1920 en plena contraofensiva sobre Polonia, donde cristalizó como nueva organización, estableciéndose las *21 condiciones* para el ingreso, subrayando la hostilidad a la Internacional Socialista en proceso de recomposición y promoviendo la formación de partidos comunistas en todo el mundo; estos verían acentuada su *bolchevización* en el Vº congreso, celebrado en julio de 1924, tras la muerte de Stalin. Más allá de sus virajes ideológicos, la Comintern se caracterizó por una extrema disciplina que, en palabras de un historiador del comunismo, “rompía radicalmente con la tradición democrática del socialismo europeo, que siempre había aceptado las corrientes internas y un amplio grado de discusión y discrepancia”²⁹.

La adhesión de la CNT fue llevada a Moscú por Ángel Pestaña, que participó en julio de 1920 en las sesiones del IIº congreso de la IC y se entrevistó con Lenin en agosto, pero volvió muy crítico, de modo que el informe de su estancia (que luego amplió en su libro *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi*, publicado en 1924), fue decisivo para que el congreso de Zaragoza de la CNT, celebrado en junio de 1922, proclamara su ruptura con la Comintern. Entre tanto, en abril de 1921, los cenetistas Andreu Nin, Joaquín Maurín e Hilario Arlandis habían acudido a Moscú como delegados en la Internacional Sindical Comunista o *Profintern*, y se adhirieron ya entonces al comunismo.

En cuanto al PSOE, el tema de la adhesión a la IC le llevó año y medio de debate y la celebración de tres congresos extraordinarios: en diciembre de 1919, en junio de 1920 (que decidió una adhesión provisional y el envío a Rusia de Fernando de los Ríos y Daniel Anguiano) y en abril de 1921, donde se votó la no adhesión. El resultado de ese proceso fue el debilitamiento del Partido Socialista y la aparición de un exiguo Partido Comunista de España, formado en noviembre de 1921 por la fusión de dos escisiones socialistas que habían tenido lugar en abril de 1920 y abril de 1921.

La Internacional Comunista atemorizó y dio munición argumental a las derechas, a la vez que desorientó y dividió a las izquierdas, en particular al movimiento obrero. Y a menudo ahogó la iniciativa de los propios partidos

²⁹ Joan Estruch: *Historia secreta del PCE*. Madrid, Temas de Hoy, 2000, p.27.

comunistas: E.H. Carr, historiador ya clásico de la Rusia soviética, ha afirmado que la existencia de la IC obediente a Moscú, “con sus vastos recursos y sus pretensiones de alcance mundial, constituía por sí sola un obstáculo impresionante para el desarrollo de un comunismo autóctono”³⁰.

Conocedor directo del tema, Joaquín Maurín escribió en 1960 que Lenin “estaba dotado de una prodigiosa intuición política”, pero “cometió errores enormes; uno de ellos, la fundación de la Internacional Comunista, que dividió y envenenó a la clase trabajadora de todo el mundo”³¹. Hasta el gran historiador marxista Eric Hobsbawm, hartado condescendiente con el comunismo, escribe en la última página de su libro autobiográfico *Años interesantes*: “Estoy dispuesto a conceder, con hartado dolor de mi corazón, que la Internacional Comunista de Lenin no fue una idea tan buena”³².

El mito de la razón histórica

Lenin y sus seguidores presentaron sistemáticamente su teoría y su práctica, no ya como la más genuina encarnación del marxismo, sino como la única legítima, en la medida en que estaba aureolada por el éxito en Rusia y mostraba el camino a seguir por el proletariado de todo el mundo. Sin embargo, a la luz del análisis histórico, el viraje ruso iniciado en noviembre del 17 aparece como una quiebra de la cultura democrática y pluralista que había ido desarrollándose en el movimiento obrero; es decir, se entiende más como el regreso a ciertas formas rudimentarias del pasado que como el anuncio de novedades del futuro. Son crecientes los historiadores que, como Geoff Eley, explican el bolchevismo como un rebrote, favorecido por las circunstancias rusas, de las formas de lucha anteriores a la maduración del obrerismo como movimiento de masas³³.

³⁰ E.H. Carr: “La Tercera Internacional” en *De Napoleón a Stalin y otros estudios de historia contemporánea*. Barcelona, Crítica, 1983, p.111.

³¹ Alba: p.83.

³² Hobsbawm, Eric: *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*. Barcelona, Crítica, 2002, p.379.

³³ Geoff Eley: *Historia de la izquierda en Europa, 1850-2000*, publicada bajo el título *Forging Democracy*, que en la versión española (Barcelona, Crítica, 2003) pasó a ser *Un mundo que ganar*. El enfoque de la Revolución rusa como la última de las revoluciones de la Belle Époque, o “el remate a 50 años de revoluciones e insurgencia” aparece más recientemente en Francisco Veiga, Pablo Martín, Juan Sánchez Monroe: *Entre dos octubres*. Madrid, Alianza, 2017.

La imagen primigenia de la Revolución rusa que hacía de ella el faro del mundo, una encarnación anticipada del futuro de la humanidad, ha quedado desacreditada hace tiempo. Tampoco goza ya de mucho predicamento una segunda línea de justificación, que admite la existencia de graves errores y de crímenes, reconocidos oficialmente en el informe Jruhov de 1956, pero que considera que, a fin de cuentas, el balance histórico del comunismo es globalmente positivo, al menos para la URSS: industrialización, conversión en gran potencia, contribución decisiva a la derrota del nazismo...

Más vitalidad conserva una última posición de defensa que, aun reconociendo el fracaso global de la experiencia in situ, afirma que el comunismo tuvo efectos colaterales provechosos para la clase obrera de países capitalistas, que se habría beneficiado de concesiones de gobiernos deseosos de apartarla de la tentación comunista. Es una hipótesis consoladora, tan difícil de confirmar como de rechazar empíricamente. Pero conviene advertir que el Estado del bienestar empezó a construirse antes de 1917, por presión directa del movimiento obrero (Alemania bismarckiana incluida), y que luego se desarrolló sobre todo en países nórdicos y Gran Bretaña, donde la presencia, y por tanto la constructiva amenaza, del comunismo era bastante débil. En todo caso, parece claro que la consecución duradera de derechos civiles, sociales y económicos se ha producido sobre todo en sistemas de democracia parlamentaria³⁴.

El mito de la razón histórica del comunismo se ha alimentado también largamente de una especie de chantaje, a la vez ideológico y emocional, según el cual criticar sin ambages aquella revolución sería abandonar el único proyecto en marcha de construcción de un mundo más justo. Convertida la Revolución en encarnación histórica de la utopía, la denuncia de sus aspectos atroces ha sido presentada como una renuncia a la propia utopía, y hasta como un apoyo objetivo a las fuerzas reaccionarias³⁵.

Ese propósito de no caer en el anticomunismo para no dar armas al enemigo o para no perder la ilusión (o para que no la pierdan otros, que la necesitan mucho),

³⁴ Asunto abordado con contundencia por José María Faraldo: “¿Sirvió para algo la Revolución Rusa?” *La Maleta de Portbou*, nº 25, septiembre-octubre 2017, 16-19.

³⁵ Sobre este tema, Ludolfo Paramio: “La Revolución”, *Claves de Razón Práctica*, nº 254, septiembre-octubre 2017, 22-27.

puede explicar la voluntad de ignorar o negar evidencias, hasta límites que hoy nos parecen sorprendentes. Al analizar la actitud de muchos intelectuales franceses en la posguerra, Tony Judt -combativo historiador cuya temprana muerte tanto nos empobreció- empleó un acerado símil: “Ese deseo de creer lo mejor de un sistema que a diario aportaba pruebas en contra de sí mismo solo pudo haber nacido de la más poderosa, de la más exigente de las motivaciones. Al igual que una mujer maltratada, la intelectualidad no comunista de izquierda volvía una y otra vez al lado de su maltratador (...) Y, al igual que un marido violento, el comunismo continuaba beneficiándose de la fe que sus víctimas depositaban en el enamoramiento inicial”³⁶.

Los mitos del anticomunismo

Es llamativo el partido histórico que la derecha le ha sacado al comunismo: al temor al comunismo y también al ejemplo del comunismo. En primer lugar, como espantajo, como amenaza: el “peligro comunista” como coartada antidemocrática, como pretexto para acciones represivas, o para inacciones cómplices (por lo demás, no necesariamente dirigidas contra comunistas). Y también como valladar frente a las reformas políticas y sociales (que pudieran, como ocurrió con Kérenski, franquear el camino a la revolución comunista); como descalificación global de las propuestas reformadoras o transformadoras; como deslegitimación de cualquier proyecto revolucionario, del que siempre cabe sospechar que no defiende la libertad sino su propia tiranía, y que no va a distribuir mejor los bienes sino a empobrecer a todo el mundo.

Satisfecha del provecho que podía sacarle a la disociación entre progreso y libertad, facilitada por el comunismo, la reacción ha agrandado la imagen de este, más allá de la fascinación que este haya podido producir en ciertas izquierdas. Un ejemplo temprano, de nuevo en Díaz del Moral: “Cuando al final del trienio los sindicalistas, anarquistas y socialistas españoles condenaban unánimes el comunismo soviético, los alcaldes y casi toda la burguesía llamaban bolcheviques a los campesinos y les atribuían la ideología de los dictadores rusos”³⁷.

³⁶ Tony Judt: *Pasado imperfecto. Los intelectuales franceses, 1944-1956*. Madrid, Taurus, 2007 [1992], p.184.

³⁷ Díaz del Moral, p.364. Se refiere al periodo 1918-20, que él llamó “trienio bolchevista”.

Cabe añadir, aunque el tema requiere un desarrollo más matizado, lo que cierta derecha ha explotado el comunismo, no solo como amenaza y ejemplo negativo, sino también como modelo, o fuente de inspiración, con fines distintos y parecidos medios: el partido único, el líder máximo, la uniformización de masas, etc. aparecieron enseguida en el fascismo, para expandirse al calor de las crisis. El comunismo ha tenido con el fascismo relaciones de enfrentamiento extremo: en los años 30 del siglo XX, muchas personas desembocaron en el comunismo por antifascismo, y viceversa. Pero también las ha tenido de alianza circunstancial (como la “pinza” contra el SPD en algunos episodios de la Alemania de Weimar); de pacto explícito (el nazi-soviético entre agosto de 1939 y junio de 1941); o de banalización mediante el desdén (el fascismo presentado como “último cartucho del capitalismo”) o la generalización del apelativo para motejar a rivales (los socialistas, calificados de “socialfascistas”...).

Que la derecha haya practicado, con fruición y de diversos modos (algunos muy violentos), la hostilidad al comunismo no siempre ha resultado negativo para la imagen de este. En especial los regímenes dictatoriales que hicieron del anticomunismo (o del “antimarxismo”, incorporando de paso a los socialistas) una seña de identidad terminaron provocando la identificación de muchos de sus opositores y víctimas con el comunismo. No tenemos que ir muy lejos en el espacio para encontrar un ejemplo.

El caso es que, mientras el anticomunismo de las dictaduras derechistas promovía la aparición de comunistas, el Estado nacido en noviembre del 17 destruía los proyectos y las vidas de otros muchos comunistas. Hay pocas dudas de que las bases del régimen stalinista estaban ya puestas por Lenin. Pero también es verdad que Stalin recuperó rasgos del antiguo régimen como el nacionalismo, el antisemitismo, el conservadurismo social; y exacerbó el culto al líder, y la propia intensidad de la represión, que con él se abatió, además, sobre la vieja guardia bolchevique, exterminándola y cubriendo de oprobio su memoria.

Es probable que el conocimiento cabal de la propia práctica del comunismo haya sido más decisivo en la decadencia ideológica de este que la propaganda anticomunista. A esta contribuyeron, por cierto, algunos excomunistas: la figura del *anticomunista a fuer de excomunista*, a veces conservando el fanatismo, el simplismo o la agresividad de sus posiciones anteriores, se convirtió casi en un tópico durante la Guerra Fría.

La ruptura personal con el comunismo no siempre se ha producido en esos términos. En muchos antiguos militantes, sobre todo de países donde el comunismo estaba perseguido, la revisión ideológica no ha entrañado el rechazo de los proyectos transformadores; y con cierta frecuencia ha consistido en un redescubrimiento de la tradición socialdemócrata de la que el comunismo se desgajó. En España pueden citarse casos destacados como los de Fernando Claudín, Jorge Semprún, Javier Pradera, Nicolás Sartorius, entre otros.

Añado, para concluir, que aunque la encarnación del proyecto bolchevique en Rusia pueda entenderse como una gigantesca y dramática digresión histórica, ello no debe llevarnos a ignorar que, seguramente no el comunismo, pero sí muchos comunistas han contribuido al avance de la justicia y de la libertad en ciertas coyunturas. En el caso de España, en defensa de la República desde 1935 y durante la Guerra Civil; luego en la tenaz oposición al franquismo, y en las tareas de reconciliación nacional y contribución a la Transición democrática. Son situaciones en las que su actitud, aunque no intachable, ha sido sustancialmente constructiva y digna de recuerdo y reconocimiento.

En todo caso, el hecho de que aquella mítica Revolución de hace un siglo, que tantos sueños despertó y tantas energías movilizó, constituyera, desde el principio, una impostura no nos obliga a renunciar a un mejor futuro, aunque sí a procurar conocer -y reconocer- los desvíos trágicos del pasado.

Nota biográfica

Feliciano Páez-Camino Arias, doctor en Historia contemporánea y licenciado en Filología moderna, ha sido catedrático de instituto y profesor asociado en varias universidades. Es autor de publicaciones sobre diversos temas, entre las que figuran varios cuadernos UMER.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 70 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo.

Nº 80: "Españoles en Argelia: conquistas, migraciones, exilios". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 81: "Vejez y sabiduría". José Segovia Pérez.

Nº 82: "Medios de comunicación en España. El reto de contarlo en una hora". Joaquín Sotelo.

Nº 83: "1914. Significación Histórica de la Gran Guerra". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 84: "Escritoras pioneras del Siglo XX en España. Cuando la literatura era cosa de hombres". Julián Moreiro.

Nº 85: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (Umer) 2009-2014". Umer.

Nº 86: "La ciencia descubre, la industria aplica, el hombre se somete". José Segovia.

Nº 87: "España ante la Primera Guerra Mundial". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 88: "Los mayores del siglo XXI: Nuevas imágenes y nuevas perspectivas". Loles Díaz Aledo.

Nº 89: "El envejecimiento: alimentación y estilo de vida saludable". Isabel Calvo Viñuela.

Nº 90: "La poesía popular". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 91: "¿Se respetan los Derechos Humanos? La Declaración Universal de 1948". Silvia Escobar.

Nº 92: "Elogio de la palabra". Julián Moreiro.

Nº 93: "¿Qué significa, hoy, la hispanidad?". Patricio de Blas Zabaleta.

Nº 94: "Una historia del doblaje". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 95: "Vieja y nueva política": un enfoque histórico. Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 96: "Rosas y espinas". Rosario Barros Peña, Carmen Escotado Ibor, Begoña Montes Zofio, Milagros Salvador.

Nº 97: "Cervantes, nuestro contemporáneo". Julián Moreiro.

Nº 98: "Certamen de relatos cortos". Socios de la UMER.

Nº 99: "La fuerza del azar. Entre la probabilidad y la incertidumbre". Javier del Rey.

Nº 100: "Las primeras diputadas españolas". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 101: "Madrid: En busca del arco perdido". Josep M^a Adell.

Nº 102: "Los derechos de las personas mayores". Loles Díaz Aledo.

Nº 103: "Transgénicos: qué son y para qué sirven". José Miguel Hermoso Núñez.

Nº 104: "La poesía contemporánea". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 105: "La Revolución rusa: diez mitos que conmovieron al mundo". Feliciano Páez-Camino Arias.

